

# Introducción

## Teodoro Anasagasti y Algán. Apunte biográfico

por Pedro Navascués Palacio

En el complejo panorama de la arquitectura española del primer tercio del siglo XX, se dieron cita tendencias y corrientes de muy distinto origen que hicieron de este periodo una de las encrucijadas más difíciles de la moderna historia de la arquitectura. Por una parte, el eclecticismo y el historicismo de estirpe decimonónica, sobre los que aún se fundamentaba la enseñanza en las escuelas de arquitectura de toda Europa, seguía orientando el quehacer arquitectónico. De otro lado, la efímera moda del modernismo, presentado como movimiento heterodoxo y rupturista, se consumió pronto en la innegable belleza de su narcisismo lineal. Al tiempo, se ensayaron vías inéditas apoyadas en la historia y el paisaje dando lugar así al nacionalismo y al regionalismo arquitectónico, con muy desigual resultado y, en todos los casos, como salida circunstancial de limitada aplicación estilística. Sólo la llegada del racionalismo derivado del Movimiento Moderno marcaría el nacimiento, ya bien entrado el siglo, de una nueva arquitectura basada no tanto en el epitelio estilístico como en su núcleo conceptual.

Entre aquel pasado y este futuro, en aquel momento de dificultad extrema en el que queriendo hacer una nueva arquitectura propia del siglo XX todavía no había llegado el aire fresco y renovador de sus máximos protagonistas, hubo una generación de arquitectos, de buenos arquitectos, que hicieron frente de forma muy personal a esta indecisión dominante. Es la generación de aquellos que, nacidos en torno a 1880, terminaron la carrera entre 1900 y 1910, poco más o menos. Ello quiere decir que fueron arquitectos formados cronológica y mentalmente en el antiguo sistema de enseñanza sobre modelos muy tradicionales, siempre anteriores al plan de estudios de 1914 que significó un giro, leve, pero un giro hacia las necesidades sociales de una nueva época, de un nuevo siglo. Es aquí donde se produjo la situación paradójica en la que vivió



esta generación de 1880 que, formada en el pasado, hubo de trabajar en un tiempo distinto en el que resultaba abrumadora la conciencia de una renovación, cuando lo aprendido no respondía a la urgente modernidad que otros ámbitos de la creación ya habían ensayado. Ello afectaba tanto a las concepciones globales sobre la arquitectura y la ciudad como a los nuevos materiales que, como el hormigón armado, no habían sido objeto de estudio escolar.

En esta generación se pueden incluir nombres tan significativos como Antonio Palacios, Antonio Flórez o Teodoro Anasagasti, entre otros, para los cuales la crítica ha necesitado de una adjetivación particular ante la dificultad de adscribirlos a una corriente determinada. Así, se habla del monumentalismo de Palacios, se presenta a Flórez como un precursor del racionalismo, mientras que en Anasagasti se descubre a un temprano degustador de los que serían principios de la arquitectura funcional. Como paradoja no debe olvidarse que estos nombres, a pesar de su renovadora actitud y del posterior intento de vincularlos a la nueva arquitectura, fueron objeto de durísimas críticas por nuestros particulares pioneros del movimiento moderno agrupados en el GATEPAC. Ello hacía aún más difícil la circunstancia vital en que se movieron estos hombres que no fueron lo suficientemente vanguardistas ante los ojos de los más jóvenes, a pesar del esfuerzo hecho en solitario frente a la arquitectura más tradicional de sus mayores. La arquitectura de Flórez apenas si ha sido luego reconocida fuera de un círculo muy estrecho, la de Anasagasti se ha olvidado o destruido y tan sólo la de Palacios ha sobrevivido en una apreciación tópica, por su doble condición de clásica y monumental.

Teodoro Anasagasti y Algán (Bermeo, 1880 – Madrid, 1938) fue alumno de la Escuela de Arquitectura de Madrid, de aquella reducida Escuela instalada en el viejo caserón del que fue Colegio Imperial en la calle de los Estudios. El número de alumnos y profesores tenía entonces casi una dimensión familiar, pues sólo eran ocho los catedráticos, ayudados por otros tantos profesores auxiliares que se dividían en dos secciones, la llamada artística y la científica. Nuestro arquitecto terminó sus estudios en 1906 y con él alcanzaron el título en aquel mismo año media docena de compañeros más, lo cual hace suponer una relación de proporción entre alumnos y profesores muy distinta de la que hemos llegado a conocer en nuestros días. El trato llegó a ser en ocasiones ciertamente familiar, y en Anasagasti queda probado cuando casa con una hija de su profesor José López Sallaberry que, como auxiliar, daba clase de lo que se llamaba «Dibujo de Conjuntos», asignatura por la que el joven Anasagasti se vincularía más tarde con la Escuela.

La Escuela que vivió Anasagasti estaba dirigida por Federico Aparici, el autor de la asturiana basílica de Covadonga, que desempeñaba en la Escuela la cátedra de Construcción. Aparici contó durante su mandato como director con el apoyo de Ricardo Velázquez Bosco que fue durante estos años secretario del centro. Don Ricardo Velázquez, gran arquitecto, autor de los edificios más enfáticos del eclecticismo madrileño, como el antiguo Ministerio de Fomento -hoy de Agricultura- o la bellísima Escuela de Minas, enseñaba a su vez «Historia de la Arquitectura» y, según me comentaba en una ocasión Fernando García Mercadal, sus clases no resultaban precisamente muy amenas para aquellos jóvenes que, soñando en otras arquitecturas, eran sometidos a larguísimas disquisiciones sobre los sumerios.

Los cursos de proyectos los hizo Anasagasti con don Vicente Lampérez y don Manuel Aníbal Álvarez, esto es, de manos del más puro historicismo medieval, mientras que la Estereotomía la cursó con Adolfo Fernández Casanova, el restaurador de la catedral de Sevilla y profundo conocedor de la arquitectura gótica, todo lo cual revela la orientación general de los estudios así como del esfuerzo hecho por algunos de sus alumnos para superar luego las hondas lagunas de su formación.

A esta preocupación por la enseñanza dedicó Anasagasti varios escritos, fruto de sus viajes y conocimiento de otras escuelas de arquitectura europeas, que se recogieron en forma de libro en la obra que ahora se reedita. Esta se publicó en 1923, esto es, coincidiendo con el año en que alcanzaba la cátedra de «Historia General de las Artes Aplicadas e Historia de la Arquitectura» en la Escuela de Madrid, si bien su vinculación con ésta se había iniciado unos años antes (1917) como profesor auxiliar de «Dibujo de Detalles».

En la formación de Anasagasti fue importante, desde luego, todo este contacto con la Escuela, primero como alumno y luego profesor, pero aun fue más decisiva, al margen de su personal talento, la pensión alcanzada por oposición en 1909, para ir a la Academia Española de Bellas Artes en Roma, cuyo tribunal estaba compuesto por antiguos profesores de Anasagasti (Lampérez, Fernández Casanova, Aníbal Álvarez, Cabello Aso, etc.) a quien debían recordar como buen alumno por sus dotes, en general, y por el hábil e inteligente manejo del lápiz y el carboncillo aprendido en el estudio del pintor Marceliano Santa María.

Lo notable de este episodio es que Anasagasti, antes de salir hacia Roma y visitar luego países como Francia, Bélgica, Holanda, Austria y Alemania, principalmente, ya dio medida de su arquitectura, o al menos de sus sueños arquitectónicos, con el desarrollo del proyecto propuesto en la oposición: Edificio destinado a Congreso, situado sobre una isla de

un gran río. Dicho proyecto que, afortunadamente se conserva en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, nos muestra, sí, una planta muy socorrida, nada novedosa, cuya ascendencia recuerda los axiales proyectos *Beaux-Arts*, pero la resolución de los alzados indican una pronta atracción por la arquitectura expresionista de volúmenes, cúpulas y enhiestas masas, aprendidas no tanto en la Escuela como en las revistas extranjeras de su biblioteca.

En efecto, una temprana brisa vienesa se deja sentir en este proyecto así como en futuros envíos de pensionado desde Roma, destacando entre todos el conocido «Cementerio ideal dedicado a una catástrofe marítima», por cuya obra no sólo alcanzó una medalla de oro en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1910, sino que al año siguiente, este mismo proyecto, de un lirismo nostálgico de gran hondura y belleza, mereció otra medalla de oro, pero esta vez en Italia, en la Exposición Internacional de Arquitectura que tuvo lugar en Roma. Pero este reconocimiento alcanza una significación especialísima cuando conocemos que sólo se otorgaron en aquella ocasión seis grandes premios como el alcanzado por Anasagasti y que otro de los galardonados ex-aequo eran nada menos que Otto Wagner, con setenta años cumplidos y una obra tan abrumadora como admirada por el joven Anasagasti, prácticamente por estrenar como arquitecto fuera de pequeñas cosas en su tierra de Bermeo.

Personalmente tengo la impresión de que aquel temprano y, sin duda, justo reconocimiento, acompañó para siempre a Anasagasti, enterrándose también en el «Cementerio ideal» un arquitecto capaz de saltar desde estas arquitecturas visionarias a una arquitectura real, conservando la misma frescura y fuerza del proyecto dibujado. Tan sólo otras experiencias análogas como la «Villa del César» o el «Templo del Dolor», transmiten desde el papel aquel Anasagasti que nos hubiera gustado encontrar en el mundo real, siendo el conocido, discutido y bellissimo carmen de Rodríguez Acosta en Granada, a los pies de la Alhambra, la única referencia que, en los años veinte, permite poner en conexión ambos mundos, el de la imaginación y el de la realidad. De este espíritu participa el interesantísimo Teatro Villamarta en Jerez de la Frontera (Cádiz), inaugurado en 1928.

Quiérase o no, Anasagasti será para siempre el arquitecto del Cementerio Ideal no construido, y nadie recordará que a él se debieron los modernos cines y teatros madrileños como el Real Cinema (1918) —frente al Teatro Real—, el Teatro Fontalba en la Gran Vía (1920) o el Monumental Cinema (1922), cuya magnífica arquitectura no hemos sabido ni querido conservar. Tan sólo el triste, modesto y abandonado

Teatro-Cinema Pavón (1924), en la calle de Embajadores, con sus sencillas fachadas de contenido racionalismo, dicen algo de lo que representó en este ámbito la actividad de Anasagasti, quien mejoró notablemente la comodidad y visibilidad de las salas de proyección, merced al empleo sistemático del hormigón armado con el que logró grandes luces y atrevidos anfiteatros en voladizo.

No corrieron mejor suerte los edificios de viviendas levantados en Madrid, restando algunos ejemplos que no responden a lo más interesante de su obra, tal como el edificio número 8 de la Glorieta de Bilbao (1917), o el 36 de la Gran Vía (1922), en los que no resulta fácil reconocer a Teodoro Anasagasti. Más interesante resulta en la propia Gran Vía el edificio de los Almacenes Madrid-París (1920), de compleja historia proyectual, duramente reformado y con una enojosa adición de cinco plantas que le priva del carácter original.

Con todo, Teodoro Anasagasti, conoció en vida un reconocimiento y prestigio social y profesional nada desdeñable que le llevó a la Academia de Bellas Artes de San Fernando (1929). Hoy, además de su amplia obra dibujada, construida y escrita, nos quedan los magníficos y expresivos aguafuertes que, fechados en 1935, se suman a la mirada triste con que otros hombres supieron adivinar las sombríos días venideros.

